

2768

Publicaciones de Extensión
Cultural del Colegio
"Benigno Malo"

Vida de Abdón Calderón

Por

Octavio Cordero Palacios,

Profesor que fué del Colegio "Benigno Malo", Socio del "Centro de Estudios Históricos y Geográficos del Azuay" y Miembro Correspondiente de la "Academia Nacional de Historia" de Quito.



Segunda Edición

Cuenca del Ecuador

24 de Mayo de 1940.

Tip. Colegio Nacional "Benigno Malo"

Vida de Abdón Calderón

I.—PROEMIO

No más que en el breve espacio de DIEZ Y SIETE AÑOS, DIEZ MESES Y SIETE DIAS, ¿podrá vivirse una vida de aquellas dignas de ser puestas por escrito?— Puede, sí, por extraordinario caso, y es la de ese VARON NIÑO, cuyo nombre va al frente de estas páginas.

Acostumbrados a no verle sino entre los fulgores de PICHINCHA, sólo allí nos le hemos imaginado, con gloria suficiente para la poesía, pero con poca o ninguna actuación para la historia.

Proceder imperdonable!... Ambas tienen que disputarse la personalidad de Don Abdón: aquella embocando la trompa para el canto, al contemplarle en acción, en la jornada final: ésta, siguiéndole paso a paso en la REVOLUCION DE OCTUBRE, en la campaña de Camino Real, en la del primer Huachi, en la de Tanizagua, en la de Babahoyo, en la de Yaguachi, en la del segundo Huachi, en la de Machala-Zaraguro, en la de Zaraguro-Cuenca y en la de Cuenca-Pichincha.

Nuestro mancebo de DIEZ Y SIETE AÑOS, DIEZ MESES Y SIETE DIAS de edad, fue todo un VETERANO de la Magna Guerra. Hoy, con su hoja de servicios, ¿en cuál grado de la Milicia nos viéramos uno cualquiera de nosotros, los hombres comunes?—¿Y en cuál más,

si juntáramos a esa hoja una posición social altísima como la suya?—FERREMUR AD ASTRA: seríamos llevados hasta los astros!.....

Comience, pues, la Historia a hacer coro a la Poesía, en tratándose de Don Abdón.

II.—SUS PADRES.

En Enero de 1801 se estableció en Cuenca el caballero cubano don Francisco García Calderón, con motivo del desempeño del puesto de Ministro Contador de las Reales Cajas, a cuyo servicio entró en 26 del Enero en referencia.

Trajo consigo a su esposa, la Señora Doña Manuela Garaicoa y Olmedo, de lo más alto y escogido de la sociedad del Guayas, como sus mismos apellidos nos lo están diciendo a voces.

Tenemos para nosotros que Don Francisco fué pariente próximo de Don Gabriel García Gómez, padre de Don Gabriel García Moreno. Aunque el Señor García Gómez fue español y cubano el Señor García Calderón, en nada se opone a nuestra conjetura esta diversidad de país de origen; porque en aquellos tiempos de tantas y tan frecuentes relaciones entre América y la Madre Patria, ser de aquí o ser de allá venía a dar lo mismo. La identidad del primer apellido de esos personajes, y la circunstancia de que el Señor García Gómez con don Juan Bautista Elizalde, fué el fiador del Señor García Calderón, para que pudiese entrar al desempeño del puesto de Ministro Contador, nos ha inducido a pensar como pensamos. No se fía sin más ni más a un desconocido y extraño.

Doña Manuela fué hija de Don Ventura Garaicoa, y tuvo por hermanas a Doña Ana, esposa del General Don José Villamil, y a Doña Francisca, esposa

del eminente jurisconsulto Doctor Don Luis Fernando Vivero; y por hermanos, a Don Lorenzo, prócer de la independencia de Guayaquil; a Don José, que contribuyó en grande escala al triunfo de Yaguachi, primera victoria de Sucre en el Ecuador; y al Sacerdote Señor Doctor Don Francisco Javier, que andando el tiempo, llegó, primero, al Obispado de Guayaquil, y, después, al Arzobispado de Quito, en cuya Silla Metropolitana falleció en 1859.

III.--BARRIO Y CASA EN QUE NACIO.

Por lo que al primero toca, es unánime y constante la tradición cuencana, y nadie duda que fue en alguna de las casas de la intersección de las calles "BOLIVAR" y JUAN "JARAMILLO", o sea, en alguna de las de la esquina del Templo de San Alfonso, donde nació nuestro héroe. En esa sazón, se levantaba allí el Templo de San Agustín, edificado de occidente a oriente en la primera de esas calles.

En cuanto a la casa misma, vacilan algunos entre la de la esquina suroeste, hoy del Doctor Belisario Reyes, y la de la esquina sureste, hoy de Doña Rosa Cordero de Peñafiel, frente a frente del indicado Templo de San Alfonso.

Nosotros estamos por esta última casa, pues perteneció entonces a Don Francisco Paulino Ordóñez, y se tiene por tradición que en casa de éste habitaba el matrimonio Calderón—Garaicoa. Quienes están por la otra, lo hacen en el equivocado supuesto de que esa fue la de Don Francisco Paulino, sin más fundamento que el de haberla visto años después en la propiedad del Doctor Vicente Salazar y Ordóñez, nieto de Don Francisco Paulino, por su hija Doña María Francisca.

Esta casa, que llegó a ser del Doctor Salazar, perteneció al Fisco en los primeros años del siglo an-

terior, y estaba destinada para habitación de los Gobernadores, en parte, y en parte, para las oficinas de la Contaduría de Hacienda, como puede verse en las actas capitulares de esos años.

¿Es posible suponer que familia tan encumbrada como la familia Calderón Garaicoa fuese a domiciliarse en una casa fiscal, de aquellas del insoportable tráfico de una gobernación y una Tesorería, y esto sin tomar en cuenta la persona, familia, servidumbre, círculo y camarilla del Gobernador?

Debemos, pues, tener como la CASA CUNA de Don Abdón la que, en la calle "BOLIVAR", haciendo esquina, queda frente a frente de Templo de San Alfonso. Esa casa, además, cubrió otra cuna ilustre, la del ilustre Don José Domingo de las Mercedes Lamar. [a]

IV.—SU NACIMIENTO Y SU FE DE BAPTISMO.

No podemos precisar, documentalmente, la fecha del nacimiento de Don Abdón. Su fe de Bautismo nada nos dice respecto de los días transcurridos entre el del nacimiento y el bautismo dichos. Pero, considerando que entró al gremio de la Iglesia el día 31 de Julio de 1.804, y que el día inmediato anterior es el de la fiesta de San Abdón, bien podemos concluir, sin temor de equivocarnos, que el día 30 de Julio de 1.804 vió aquí, en Cuenca, la primera luz nuestro héroe. Su nombre, totalmente desusado en esos tiempos, no es para que

(a) En la tienda de la esquina de dicha casa, donde todavía se ve un **Villar Público**, estaba, a fines del Siglo XVIII, establecido un **Juego de Trucos**. Allí topó el Gobernador Vallejo con nuestro legendario espadachín **Zabala**, y le persiguió desde allí hasta la esquina de las Monjas, donde le hirió y mató.

le haya sido impuesto sino por consideración al del Santo del día en que nació.

Fue bautizado en el templo de la Catedral actual, Iglesia parroquial entonces, no obstante que también era ya Catedral. El Ministro del Sacramento fue el Cura Rector Doctor Don Mariano Isidro Crespo; su padrino, el Prebendado Doctor Don Mauricio Salazar; y los testigos de la sagrada función, Don Pablo Torres y Don Manuel Montufar, que están escritos *Tomes y Montu-fa* en la partida correspondiente.

Esta dice así:

En el año del sor. de mil ochocientos cuatro, en treinta y uno de Julio, siendo yo el Dr. Dn. Mariano Isidro Crespo Cura Rector de esta Sta. Iglesia, Bautisé solemnemente a Abdón y Senén, hijo legítimo del Contador Oficial Real Dn. Franco Calderón y de Dña. Manuela Garicoa: Fue su Padrino el Prebendado Dr. Dn. Mauricio Salazar: Tgo. Pablo Tomes y Manuel Montufa y lo firmo.—Mariano Crespo.

El apellido de doña Manuela está escrito GARI-COA, tal como lo hemos transcrito.

El Libro de Bautismos en que esta partida corre, está en 200 folios. Comienza con la de María Mercedes Pesántes y Ortega, y la de Don Abdón se halla al principio del folio 187.

Por vía de curiosidad indicamos que el 30 de Julio de 1804 fue un día Martes.

V.—SUS PRIMEROS AÑOS.

A este respecto, solo queremos observar que su primera educación, en virtud de las circunstancias que le rodearon, fue para hacer de él un cumplidísimo man-cobo, suma y cifra de toda perfección social.

Su rostro, en primer lugar, debe de haber sido de hermosas líneas y de albo y sonrosado color, por razón de la sangre de que Don Abdón venia; y su porte, de la desiderable mezcla del talante azuayo con el garbo y el desembarazo guayasenses.

Su palabra, juntando el acento costeño de su madre al serrano del medio ambiente en que crecía, realizaba lo ideal en este punto, temperada la rapidez de aquél con la pausa de éste y enmendadas las malas *ESSES* de allá y la malas *ERRRES* de acá, por nosotros, las primeras, y por Doña Manuela las segundas, para que Abdoncito hablase un castellano perfecto.

En lo de bien criado y experto, no hay duda sino que la alta posición social de sus padres, el puesto que Don Francisco desempeñaba, y sus relaciones y conexiones con el Gobernador, los Regidores y Prebendados de entoncees, deben de haberle habilitado desde niño para el trato desembarazado y cortesano. Es evidente que nuestro paisanillo habrá pasado por ser el *PETIT ENFANT* de Cuenca, en los primeros años de su vida.

Un hermano, Don Francisco, y una hermana, Doña Baltazara, hacían coro con él. El primero, nacido indudablemente en Guayaquil, y mayor que Don Abdón, llegó, como Marino, al alto grado de Capitán de Navío; y la segunda, cuencara, nacida en 1806, nos dió por pariente afino al perillustre Don Vicente Rocafuerte, de quien llegó a ser esposa.

VI.—EL ULTIMO ABRAZO DE SU PADRE

Cumplidos apenas los cinco años de su edad, vió Abdón separarse para siempre de su lado a Don Francisco, su Padre.

Cosa digna de llamar y parar nuestra atención! El primero de los innumerables hogares deshechos por la causa

de la libertad americana, fue el hogar de Don Abdón; y las de su madre, las primeras lágrimas del mar de llanto de esposas, que había de inundar el Continente durante veinticuatro años. Aquí, en Cuenca, comenzó la formación de aquel ponto doloroso.

He aquí de que manera.

Tan luego como llegé a nuestra ciudad, a las doce del día 16 de Agosto de 1809, la noticia del PRIMER GRITO DE INDEPENDENCIA, lanzado en Quito el día 10, formaron el designio de secundarlo aquí el mismo Don Francisco García Calderón, Don Fernando Guerrero de Salazar y Piedra, Don Joaquín Tobar, Don José María Borrero y Baca, Don Francisco Paulino Ordóñez y otros y otros más.

La casa de Don Francisco Paulino, que era también, como lo hemos visto, la de la habitación del matrimonio Calderón Garaicoa, reunió a los conjurados, encubiertos por Doña Margarita Torres, mujer de Don Francisco Paulino.

¿Quién sabe lo que de aquí habría salido para la causa de la Patria, de no descubrirse por el Gobernador Aymerich, por el Ilustrísimo Señor Quintián y por el Cabildo Ampliado que reunieron, el atrevido pensamiento de nuestros Próceres?

Por desgracia, dos varoniles oficios dirigidos a ese Cabildo por el Señor Salazar y Piedra, Alcalde de Primer Voto a la sazón, y por el Señor García Calderón, protestando contra la formación y procedimientos de tal Cabildo, pusieron a las autoridades españolas sobre la pista de la conjuración; y el día 26 del mismo mes de Agosto se decretó la prisión de los conjurados y la formación de su causa, encargando ésta al Teniente Asesor de Gobierno, Don Juan López Tormaleo, y al Regidor Fiel Ejecutor, Don Carlos Sélleri. Bien pronto, el 5 de Septiembre, fue.

ron los tres primeros presos remitidos a Guayaquil, donde se les sepultó en ardientes y oscuros calabozos.

Este 5 de Septiembre, pues, fue el del último abrazo de Don Abdón con su padre. Tres años sobrevivió Don Francisco a su prisión y extrañamiento, tres años que los llenó con honor y con gloria; pero no volvieron ya a verse más.—En breve tornaremos sobre este punto.

VII.—SU MAESTRO DE PRIMERAS LETRAS.

Cuasi viuda Doña Manuola, tomó sobre sí la tarea de amar por dos, como se expresó el poeta; y en absoluta inopia de recursos económicos, porque los bienes de su marido fueron secuestrados y vendidos en pública subasta, tomó también por dos la ruda prueba de atender a las necesidades de la familia.

Hacia los años del 11 al 12, cuando andaba Don Abdón entre sus siete y sus ocho, comenzó el aprendizaje de las primeras letras. Fue su maestro en ellas el, por antonomasia, Mecenaz del Azuay, Señor Doctor Don José María de Landa y Ramírez, Sacerdote Argentino, que estableció nuestras primeras Escuelas Primarias, a su costa. La posición social y el infortunio de nuestro niño, le hacían entenderse con él más personalmente que con ningún otro. Título es de simpatía la orfandad.

Debemos los cuencanos registrar el hecho de que Don Abdón haya sido iniciado en las labores del entendimiento por quien había de presidir, más tarde, como Deán, nuestro Capítulo Catedral; como Rector, nuestro famoso Seminario Conciliar; y como su Presidente, la primera Academia de Abogados del Azuay, formados por él mismo, dado que si Santander esta-

bleció aquí los Estudios oficiales de los Derechos Civil y Canónico, fue porque el Doctor Landa y Ramírez, de su renta de Canónigo, ofreció costear, y costeó, en efecto, las Cátedras de aquellos Derechos. Existe en nuestros Archivos el Decreto de Santander, que así lo dice.

VIII.—ACTUACION Y MUERTE DE SU PADRE.

Perdidas en el norte, por la Junta Soberana de Quito, las acciones de ZAPUYES y CUMBAL, campos donde la América Latina agradecida tiene que levantar un día el monumento "A LA PRIMERA SANGRE", por ser ellos los que bebieron la prístina que se derramó, en el Continente todo, por la causa de la Independencia; hecha la contrarrevolución en Riobamba, y avanzándose Arrendondo y Aymerich sobre aquella ciudad, con fuerzas formidables para entonces, la Junta se vió en el caso de devolver el gobierno a Ruiz de Castilla, el 25 de Octubre del mismo año, cayendo muerta después, con la muerte de sus PROCERES, el 2 de Agosto de 1810.

Pero, en 9 de Septiembre de este último año, tocó en Quito Dn. Carlos Montúfar, enviado por el Consejo de Regencia de España, como Comisionado Regio a la Presidencia de Quito.

Pronto se impuso en el ánimo de Ruiz de Castilla, y consiguió de él que restableciese la extinguida Junta, con el nombre, ahora, de Junta Superior de Gobierno, la que se instaló el día 19 del recordado mes de Septiembre. En 11 de Octubre siguiente, rompió esta Junta, sin ambages, con la soberanía española, y proclamó la Independencia.

A poco, Montúfar vino sobre Cuenca, por Febrero de 1811, y llegó hasta el punto de Caspi--corral,

entre Cañar y Biblián. Pudo ocupar nuestra ciudad, pues, en 20 de tal mes, el Cabildo hasta admitió la dejación que del mando hacía el Presidente Molina y Zuleta, residente aquí, para que la entrada de Montúfar fuese sin derramamiento de sangre. Mas, sin que la Historia sepa aún por qué, contramarchó desde ese punto para el norte, acantonándose en Riobamba, y, a poco, retrocediendo hasta Quito.

Aquí reaparece Don Francisco García Calderón.

Muerto su un compañero de prisión, Don Joaquín Tobar, en los calabozos de Guayaquil, y asesinado el otro, Don Fernando Guerrero de Salazar y Piedra, en Ambato, al ser remitido a Quito, llegó allí únicamente el Señor García Calderón.

Puesto en libertad, al establecerse la Junta Superior, se incorporó al Ejército Patriota; y al mando se hallaba de un cuerpo de observación en Alausí, al tiempo que dicha Junta convocó e instaló el PRIMER CONGRESO DE LA PATRIA INDEPENDIENTE, el primero de de Enero de 1812.

Llamado por los *Sanchistas*, o partidarios del Marqués de Villaorellana, puesto en verdadera guerra civil, en el Seno del Congreso, con los *Montufaristas*, o partidarios del Marqués de Selva Alegre, marchó a Quito; con su apoyo dió el triunfo político a los *Sanchistas*, y fue puesto por éstos a la cabeza del Ejército, con el grado de Coronel.

De contado volvió a pensarse en la ocupación de Cuenca, donde continuaba Molina y Zuleta, vuelto al mando después de la contramarcha de Caspi—corral, teniendo como Jefe del Ejército al Brigadier Aymerich, y como a segundo de éste al Teniente Coronel Don Antonio María Ovalle.

Organizóse la expedición patriota sobre Cuenca con cosa de tres mil hombres; salió de Quito el primero de

Abril de 1812; tardó casi tres meses en avanzar al punto de su destino; topó, a mediados de Junio, en Paredones, con la vanguardia de Ovalle; la hizo retroceder en un ligero encuentro que allí se tuvo, y avanzó, por fin, sobre Biblián, que ocupó el día 21.

Ovalle se había acogido a las alturas del Cari—Atar y el Huarini—Atar, que limitan, por el Este, el horizonte de Biblián, formando la sierra que corre al norte, desde el cerro de Zhalao, en una de cuyas vertientes se levanta hoy el Santuario de LA VIRGEN DEL ROCIO. Aymerich, en Sanguín, entre Azogues y Biblián, cubría la retaguardia.

Al amanecer del 14 de Junio de 1812, adelantó Ovalle una de sus Divisiones hacia el paso del río de Cahicay, descendiendo por el González—rupana—toma, con cuyo movimiento llegó a poner entre dos fuegos al Ejército de Calderón.

Notarlo éste y dar la orden de combate, fue todo uno.

Comenzó el choque la vanguardia patriota, al mando del Sargento Mayor Don Manuel Aguilar, en el paso preciso del Cahicay, y fue recio y sostenido. Acudió Calderón con algunas compañías de caballería; pasó el río, y acometió y puso en fuga a la infantería enemiga.

Entra Ovalle con sus fuerzas de a caballo; embisten una contra otra las dos caballerías; vése envuelta la realista y va ya a caer prisionera toda ella, cuando su jefe, sable en mano, abre ancho paso para sí y los suyos, y va y se incorpora con su infantería de reserva.

Lo mira y no lo sufre el Teniente coronel Don Feliciano Checa, jefe de una de las divisiones de Calderón; antes bien, cierra con el enemigo y lo derrota y pone en fuga a las alturas de los dos Atares.

Pasada habría cosa de una hora de este comple-

to y brillante triunfo de los patriotas, cuando, por celos y rencillas entre los *Sanchistas* y los *Montufaristas* del Ejército, se ponen los soldados de éstos en retirada, por el camido de El Salto. Sábelo Calderón, corre a poner remedio a semejante ignominia, y es desatendido y envuelto por los grupos de los dispersos en retirada. Nótalo Ovalle desde las alturas a donde se había acogido, aprovecha de la ocasión, y, revolviendo contra ellos los mismos cañones de los patriotas, dejados en el campo, consuma nuestro inexplicable desastre.

No pararon los patriotas hasta Riobamba, en donde, con injusticia notoria, la Suprema Diputación de Guerra quitó el mando en jefe a Calderón, y se lo entregó a Don Feliciano Checa. Calderón fue enviado a Ibarra, a levantar un cuerpo más de tropas.

Tres días antes del combate de Cazhicay—porque hay que darle este nombre, y no el de Primer Verde—Loma, que no le cuadra en manera alguna—tres días antes, decimos, o sea el 21 de Junio, había llegado a Guayaquil Don Toribio Montes, que venía a reemplazar a Molina y Zuleta en el puesto de Presidente de Quito.

Concibió en el acto el plan de atacar a los patriotas por Guaranda y por Cuenca, al propio tiempo. Reservó para sí la marcha por Guaranda, y envió a Cuenca al Coronel Don Juan Sámamo, el mismo que llegó posteriormente al puesto de Virrey de Santa Fe, para que, encargándose del mando de las fuerzas de Aymerich y Ovalle, fuese a unirse con él en Riobamba.

Así ocurrió, y ya juntos vencieron y pusieron en retirada, en el punto de la Piedra, en Mocha, al Ejército de Checa, el día 2 de Septiembre.

Este descalabro de Checa le costó el mando en jefe del Ejército. Fue reemplazado por el caudillo pri-

nitivo, Don Carlos Montúfar, quien se hizo fuerte en la quebrada de Jalupana. Mas, desviandose de ella el Presidente Montes, tomó por la Viudita, al oriente del Atacazo, y burló las posiciones de Montúfar.

Este, entonces, replegó a Quito con todo el Ejército; fortificó la ciudad, barreando sus entradas y sus calles y defendiendo la altura de El Panecillo.

Después de algunas infructuosas comunicaciones de paz entre los contendientes, atacó Montes, el 7 de Noviembre, a los patriotas, dividiendo para ello en tres fracciones su Ejército. Debían los dos acometer la ciudad por uno y otro lado de El Panecillo, y la tercera, derechamente, por la cuesta de este monte. Fracasaron las primeras, llevadas de vencida por Montúfar; mas la tercera, guiada cuesta arriba por el Teniente de las Tropas Milicianas de Cuenca, Don Juan Antonio Jáuregui, que fue quien primero coronó la cumbre, dió la victoria a Montes.

La misma noche abandonó Montúfar la ciudad, replegando para Ibarra. Montes ocupó Quito el 8, y destacó a Sámano el 9, en persecución de los patriotas.

En Ibarra estaba Don Francisco García Calderón, con seiscientos hombres. Juntóles a los de Montúfar, y salieron uno y otro jefe al encuentro de Sámano.

Este, al verlos, en el sitio de Loma de Paila, hizo flamear una bandera de paz; entraron en conferencias, sinceras al parecer, y unidos patriotas y realistas, partieron para Ibarra.

En el pueblo de San Antonio descubrió Sámano su pecho. Separóse de Calderón y Montúfar, se fortificó en el Templo de este pueblo y rompió de nuevo la guerra.

Indignados los jefes patriotas, retrocedieron el mismo día a atacarle. El combate fue sangriento y no terminó ni con la noche.

Durante ésta, otra vez la inexplicable conducta de las tropas de la Patria. Levantan el campo, desobedeciendo a sus jefes, y repliegan para Ibarra. Síguelas Sámano, las halla en desmoralización completa y las destruye y dispersa:

Inmediatamente—era el 1^o. de Diciembre de 1812—destaca patrullas en persecución de los nuestros. Hace prisioneros al Mayor Aguilar y aun francés Gullon, que había tomado partido por nosotros, y los fusila. Una hora después corría la misma suerte el Coronel Don Francisco García Calderón.

Este día terminó todo para la independencia de lo que es hoy nuestra República. Con la muerte de Don Francisco, murió también la Patria, que no había de retornar a la vida sino el día de la muerte del Cachorro del León, de Don Abdón. Coincidencia es.

LX--EN GUAYAQUIL.

Herida en el alma por el prematuro fin de su noble esposo, volvió Doña Manuela a su país, con sus tres niños, en 1813.

Aquí corresponde hacer notar que otro Sacerdote, también Canónigo de nuestra Catedral, y el primero de los Rectores de nuestro Seminario, el Doctor Don Andrés Villamagán, se juntó al Doctor Landa y Ramírez en la delicadísima obra de proteger a la viuda e hijos del Coronel Calderón.

En reconocimiento, sin duda, de los beneficios recibidos de manos del Doctor Villamagán, en Cuenca, fue que Doña Manuela intervino con el Intendente del Sur, Coronel Don Vicente Aguirre, el año de 22, para que revocase el decreto de extrañamiento de la República, dictado contra aquel célebre personaje, por su antigua e inquebrantable adhesión a la causa del Rey.

Vendidos en pública subasta, como dijimos, los

bienes de su marido, halló Doña Manuela en sus hermanos Don Francisco Javier; Don José y Don Lorenzo, y en los esposos de sus hermanas, el General Villamil y el Doctor Vivero, nuevos padres para sus hijos; y el primero, Cura de Yaguachi a la sazón, dió lecciones de Humanidades a sus sobrinos Don Francisco y Don Abdón, así como Don Vicente Rocafuerte, en 1817, en uno de sus retornos del extranjero a la patria, se las dió del idioma francés y de Geografía.

En Febrero de 1816, con motivo del ataque del Comodoro Don Guiller mó Brown a Guayaquil, tuvo ocasión Don Abdón de ver por primera vez lo que se llama un combate; y no podemos menos de reconocer que el ABORDAJE A NADO, con que los Cívicos de esa ciudad rindieron el bergantín del Comodoro, en espantable lucha, impresionó con su toque heroico el pecho de nuestro niño, y le dispuso temprano a ceder a los sentimientos de valor y arrojo, de que tan épicas muestras dió bien pronto.

El recuerdo de la carrera militar de su padre, y el deseo, natural en un hijo, de ayudar a sacar adelante lo que el autor de sus días se propuso y dejó interrumpido por la muerte, causas fueron de predisposición en Don Abdón para tomar parte, así que el caso llegó, en la lucha por la Independencia. El saugriento fin de Don Francisco, y la contemplación del hecho de que Sámano, su asesino, estuviese prevaleciendo en el alto puesto de Virrey, deben haber sido un torcedor para el corazón del niño. No Némesis, la Venganza, sino Themis, la Equidad, incubaría en él de continuo la idea de la sanción personal. Así formado y ya maduro, no por el tiempo, sino por las circunstancias y la reflexión, le encontró el NUEVE DE OCTUBRE, a la edad de sólo DIEZ Y SEIS AÑOS.

X. LA REVOLUCION DE GUAYAQUIL.

No fue en lucha, propiamente dicha, sino en sorpresa y por violento acto primo de Luis Urdaneta, que se derramó la sangre de Magallar y de algunos de los suyos, en el Cuartel del *Daule*, la única vertida en la famosa TRANSFORMACION DE OCTUBRE, si descontamos la de insignificantes heridas de la escolta de García del Barrio.

Pór esto, en tan trascendental jornada, no se presentan aún de bulto los héroes que aparecieron después: la sagacidad, el secreto, la vivacidad, el tino y la diligencia lo hicieron todo.

Por aquí comenzó Abdón Calderón su carrera de libertador.

Y, en efecto, ¿quién como un experto niño, de la intimidad, la parentela y la confianza de Olmedo, Vivero y Villamil, para la obra de portar las órdenes, avisos y resoluciones de los dirigentes, y conducir y atar los hilos de la conjuración, por ellos manejados, sin despertar las sospechas de la autoridad? Calderón, en este sentido, fue el todo de los PROCERES DE OCTUBRE. Ganimedes, sirviendo el néctar a los dioses, no sería más experto y diligente que nuestro niño, llevando la copa de la libertad, de unos a otros, en el coro de VARONES que a Guayaquil se la dieron.

Pero aun entonces dió brillante muestra de determinación y arrojo.

Al comenzar de la mañana del 9, mediada apenas la noche, fue uno de los que con León Febres Cordero se precipitaron en el cuartel de los *Granaderos de Reserva*, para defeccionarlo o rendirle. No poca audacia fue menester para ello; pues, aunque el Capitán Don Antonio Farfán, después General, y el Teniente Don Hilario Alvarez estaban comprometidos en la causa de la Patria,

la oficialidad y la tropa no lo estaban, y la fuerza material, la peligrosa y temible, residía aquí. No hubo resistencia, por fortuna; mas este resultado, cuestión de puro hecho, no amengua en nada el honor de haberse arrestado a la empresa. En el atreverse está el hito de las hazañas: el éxito, el suceso, es engendro ignorado del acaso.

Prueba es de lo bien que se habría Don Abdón en los antecedentes de la jornada del NUEVE y en la ejecución de la misma, el grado de Subteniente con que ingresó al Ejército de Operaciones.

XI.—CAMINO REAL.

Convertido el Ejército Realista que guarnecía Guayaquil en Ejército de la Patria, y añadido a él, entre otros, un Batallón de Infantería, compuesto de los ciudadanos que espontáneamente se prestaron a formarlo, con el nombre de *Voluntarios de la Patria*, al mando del Teniente Coronel Don Ignacio Alcázar, comenzó Don Abdón el servicio militar como Subteniente de una de las compañías de este Batallón.

La JUNTA de Guayaquil pensó inmediatamente en la ocupación de la capital de la Presidencia, y, con este propósito, dando a la división expedicionaria el nombre de *División Protectora de Quito*, al mando de Luis Urdaneta, como jefe, y de Cordero, como segundo, la encaminó de contado para el interior.

Tampoco los realistas perdieron tiempo. Desde Ambato avanzaron fuerzas sobre Babahoyo, y al saber que esta plaza estaba ocupada ya por los patriotas, se detuvieron en Camino Real, punto intermedio entre Sabaneta, por el Sur, y Guaranda, por el Norte. La ocupación de esta ciudad, Guaranda, era el primer objetivo de Urdaneta.

X. LA REVOLUCION DE GUAYAQUIL.

No fue en lucha, propiamente dicha, sino en sorpresa y por violento acto primo de Luis Urdaneta, que se derramó la sangre de Magallar y de algunos de los suyos, en el Cuartel del *Daule*, la única vertida en la famosa TRANSFORMACION DE OCTUBRE, si descontamos la de insignificantes heridas de la escolta de García del Barrio.

Por esto, en tan trascendental jornada, no se presentan aún de bulto los héroes que aparecieron después: la sagacidad, el secreto, la vivacidad, el tino y la diligencia lo hicieron todo.

Por aquí comenzó Abdón Calderón su carrera de libertador.

Y, en efecto, ¿quién como un experto niño, de la intimidad, la parentela y la confianza de Ohnedo, Vivero y Villamil, para la obra de portar las órdenes, avisos y resoluciones de los dirigentes, y conducir y atar los hilos de la conjuración, por ellos manejaados, sin despertar las sospechas de la autoridad? Calderón, en este sentido, fue el todo de los PROCERES DE OCTUBRE. Ganimedes, sirviendo el néctar a los dioses, no sería más experto y diligente que nuestro niño, llevando la copa de la libertad, de unos a otros, en el coro de VARONES que a Guayaquil se la dieron.

Pero aun entonces dió brillante muestra de determinación y arrojo.

Al comenzar de la mañana del 9, mediada apenas la noche, fue uno de los que con León Febres Cordero se precipitaron en el cuartel de los *Granaderos de Reserva*, para defeccionarlo o rendirle. No poca audacia fue menester para ello; pues, aunque el Capitán Don Antonio Farfán, después General, y el Teniente Don Hilario Alvarez estaban comprometidos en la causa de la Patria,

la oficialidad y la tropa no lo estaban, y la fuerza material, la peligrosa y temible, residía aquí. No hubo resistencia, por fortuna; mas este resultado, cuestión de puro hecho, no amengua en nada el honor de haberse arrestado a la empresa. En el atreverse está el hito de las hazañas: el éxito, el suceso, es engendro ignorado del acaso.

Prueba es de lo bien que se habría Don Abdón en los antecedentes de la jornada del NUEVE y en la ejecución de la misma, el grado de Subteniente con que ingresó al Ejército de Operaciones.

XI.—CAMINO REAL.

Convertido el Ejército Realista que guarnecía Guayaquil en Ejército de la Patria, y añadido a él, entre otros, un Batallón de Infantería, compuesto de los ciudadanos que espontáneamente se prestaron a formarlo, con el nombre de *Voluntarios de la Patria*, al mando del Teniente Coronel Don Ignacio Alcázar, comenzó Don Abdón el servicio militar como Subteniente de una de las compañías de este Batallón.

La JUNTA de Guayaquil pensó inmediatamente en la ocupación de la capital de la Presidencia, y, con este propósito, dando a la división expedicionaria el nombre de *División Protectora de Quito*, al mando de Luis Urdaneta, como jefe, y de Cordero, como segundo, la encaminó de contado para el interior.

Tampoco los realistas perdieron tiempo. Desde Ambato avanzaron fuerzas sobre Babahoyo, y al saber que esta plaza estaba ocupada ya por los patriotas, se detuvieron en Camino Real, punto intermedio entre Sabaneta, por el Sur, y Guaranda, por el Norte. La ocupación de esta ciudad, Guaranda, era el primer objetivo de Urdaneta.

Se hacía necesario despejar el camino de enemigos, y, para echarlos a un lado, se avanzó sobre ellos.

Quinientos realistas, fuertemente atrincherados en Camino Real, al mando de Forminaya, aguardaron a dos de las secciones de nuestro ejército, conducidas por Cordero. Era el 9 de Noviembre.

Asalto y defensa fueron sostenidos y heroicos, llegándose al fin al arma blanca. A la tercera arremetida de los nuestros, comenzaron a cejar los realistas, y después de algunas cargas más, se pronunciaron en derrota a la desbandada, con lo cual nuestros neófitos de Marte se bautizaron hijos suyos en esta primera hazaña.

Don Abdón estaba allí, y él, con José Manuel Quevedo, Fulgencio Rocha, Antonio Salazar, Antolín Bustinza, Manuel Salcedo, Mariano Soto, José López y Francisco Tejada, fue el héroe de aquel día. Mención hizo de ellos, y sólo de ellos, el Coronel Urdaneta, en el parte del combate; y así sería de notoria y sobresaliente la conducta de Don Abdón, que el jefe del ejército pidió para él, a la Junta de Guayaquil, el grado de Teniente, por concurrir en él, son palabras de Urdaneta, "*después de un valor heroico, la más recomendable decisión por nuestra causa*".

¿Qué sentirían los manes de Don Francisco García Calderón, en este día, y qué el corazón de Doña Manuela, al contemplar a este su TENIENTE DE DIEZ Y SEIS AÑOS?-----

XI.—EL PRIMER HUACHI.

Don Melchor Aymerich, ya Mariscal de Campo y Presidente Interino de Quito, se hallaba en Pasto cuando ocurrió la Revolución de Octubre. Al saberlo, tomó consigo el Escuadrón de Caballería *Dragones de Granada*, mandados por el Coronel Don Francisco Gonzá-

lez, de los expedicionarios de Morillo. Juntó a este Escuadrón, veterano desde Bailén, que tenía por segundo jefe al Comandante Don Francisco Eugenio Tamariz, las tropas de infantería acantonadas en Quito y Riobamba, y, establecido en Ambato, esperó a los vencedores de Camino Real.

Hay en la América campos predestinados para el triunfo o para la derrota. Maturín y Corabobo vieron jornadas espléndidas para la Patria, y La Puerta y Huachi las contemplaron desastrosas para la misma. Ocupémonos de la primera que sufrimos en este último lugar.

Urdaneta, después de Camino Real, ocupó Guaranda y en seguida Ambato, de donde se retiró el enemigo.

En esta ciudad se hallaba el jefe independiente, cuando revolvieron sobre ella las fuerzas de González; y discurrendo Urdaneta que le estaría mejor aguardarlas en campo abierto, dejó la población, viniéndose a Huachi, llanura despejada y abierta, al sur y a poca distancia de Ambato.

Desacierto mayor no pudo cometer nunca Urdaneta. El nervio de las fuerzas de González estaba en su caballería, y en su infantería el de las fuerzas patriotas. Estas, en poblado, eran invencibles; en palenque abierto, podían considerarse como vencidas, por las solas circunstancias del terreno.

Avistáronse las fuerzas enemigas el día 22 de Noviembre, trece después de Camino Real. Cosa de cuatro mil hombres sumaban las dos juntas, casi dos mil por cada parte.

Acometieron los nuestros con tal ímpetu y tal brío, que al primer encuentro hicieron vacilar a las enemigas, llevándolas casi de vencida. Nótales González, y poniéndose al frente del *Dragones de Granada*, que

sólo por un Rondón, un Carvajal, un Silva o un Cedeño, centauros extraordinarios de la magna guerra, podía ser vencido, equilibra la suerte de batalla. Esto no obstante, está todavía el triunfo para ser nuestro, cuando Hilario Alvarez, el cuzqueño del *Granaderos de Reserva*, que se había pasado a nuestra causa el día 9 de Octubre, cuando Alvarez, decimos, no por traición sino por aturdimiento, cambia el sitio en que sus jefes Urdaneta y Cordero le habían puesto. Penetran por allí los desaforados *Dragones*; revuelven todo el campo; comienzan a desunirse y a ceder los nuestros; y cuando la sangre de seiscientos hombres había sido embebida ya por los arenales de Huachi, se declaran en derrota.

Don Abdón, salvado como por milagro de aquella confusión espantosa, donde hasta por razón de su estatura de niño debía de perecer, y marchando a pie, en la sedación, el hambre y la sed de la derrota, durante leguas de leguas contestó a la lista, no obstante, como todo un VETERANO, cuando se la pasó a las reliquias del ejército, en la plaza de Babahoyo.

XIII.—TANIZAGUA.

Guayaquil y su independencia eran perdidas, si acá nosotros, con nuestro TRES DE NOVIEMBRE, no hubiéramos llamado al Ejército vencedor, para caer, sí, como caímos en VERDELOMA, destrozados y desechos, mas dando tiempo con nuestro voluntario y consciente sacrificio al resurgimiento del Guayas.

González, dejando algunas fuerzas en el centro; se vino sobre Cuenca; y el ejército patriota, en Babahoyo, tuvo así tiempo para entrar de nuevo en operaciones.

Separados del mando Cordero y Urdaneta, se lo confió al General de los Ejércitos de Chile, Don Tori-

bio Luzuriaga, por influencias del Comisionado de San Martín, el Coronel Guido, y de los partidarios de la anexión al Perú. El primero de Diciembre de 1820 estaba ya Luzuriaga en Babahoyo.

Los realistas que tenían en Guaranda, Pungalá y Guanujo las fuerzas dejadas por González, afectaron retirarse a Riobamba; y nosotros ocupamos el tercero de esos lugares, con un cuerpo al mando del Coronel Don José García, nativo de Tucumán, en la República Argentina.

Así las cosas, Luzuriaga, en los últimos días de Diciembre, ordenó una reconcentración de fuerzas, en cuya consecuencia García abandonó Guanujo.

Entre los oficiales del cuerpo que de allí se retiraba, contábase Don Abdón, quien bien pronto iba a verse por la tercera vez al frente del enemigo.

Los realistas, capitaleados por el Cura de Guaranda, Don Francisco Venavides, y por un Comandante Piedra, se habían puesto en emboscada, en un lugar propicio para el caso.

Descuidados se retiraban los patriotas, como que nada tenían que temer, en su concepto, cuando el día 3 de Enero de 1821 se les presenta de súbito dicho Comandante Piedra. Trábase la acción; comienza Piedra a ceder; lánzase tras él los nuestros; intérganse en una quiebra del terreno, en Tanizagua, y ya cantan victoria, cuando el Cura Benavides, que allí precisamente les esperaba, cierra la retaguardia y asoma por los flancos, y Piedra al punto vuelve cara con los suyos.

Todo ejército, en situación semejante, no cuenta con más medio de salud que el de abrirse paso en lucha desesperada. Entonces el poderse derrotar es triunfar. El *una salus victis, nullam sperare salutem*, no hay más salvación para los vencidos, que el de desesperar de toda salvación, ocurrió aquí con los nuestros.

Da cara a la retaguardia enemiga la compañía de Calderón. Fusilada de frente, de espaldas, de este costado y del otro, prefiere la muerte a la rendición. Apíñase en compacto grupo, calada la bayoneta; desconcierta, con el desconcertante de los héroes, la audacia, al furibundo Benavides, sale de aquel círculo de fuego, la vida salva y más aún el honor.

No lo pudo el Coronel García ni lo pudieron los más de los suyos. Hecho prisionero ese jefe, fue inmediatamente fusilado y degollado, y, remitida su cabeza a Quito, se la dió en espectáculo sobre el puente de Machángara.

Calderón, entre tanto, contestaba a la lista otra vez en esa misma plaza de Babahoyo. Estas contestaciones a la lista; después de la derrota, son la protesta del valor contra el infortunio. No está el heroísmo en triunfar: hállase en el estar siempre a punto de tornar a combatir. Por este capítulo fue por donde más a la cumbre llegó a subir Don Simón. Las lecciones de Bolívar, son lecciones. Tómennlas y medítenlas los héroes. Don Abdón las había tomado y meditado para sí.

XIV.—BABAHOYO

Ocupado lo mejor de las fuerzas realistas en tener en respeto a Cuenca, y comenzado el invierno en Guayaquil, que es la defensa ideal de aquella plaza contra los ataques por la sierra, tiempo sobró a los patriotas de allá para aprestarse a la lid de la próxima campaña; y, sobre esta ventaja, tuvieron la de la protección de Colombia, que les envió al General Mires, primero, y al mismo Sucre, después, que llegó a Guayaquil el 6 de Mayo de 1821.

El 15 del mismo, le entregó la Junta el mandó en jefe del Ejército, al cual acantonó parte en Samborondón y parte en Babahoyo.

Mandaba en este último lugar el Coronel Don Nicolás López, hijo de Coro, en Venezuela, a quien los patriotas tomaron preso días antes de Huachi, convirtiéndose desde entonces, al parecer, a la causa de la Patria.

Así estaban las cosas, cuando puestos de acuerdo López y el Capitán Ollague, Don Ramón, determinaron traicionar a la causa que habían abrazado. Debía el segundo apoderarse de la flotilla y atacar con ella a Guayaquil, apenas guarnecida entonces por un cuerpo de *Cívicos*; y debía el primero, una vez ocupada Guayaquil, defeccionar a la División de su mando y caer sobre la otra, acantonada en Samborondón.

Ollague dió el golpe el 17 de Junio, y fracasó por la vigorosa resistencia de los *Cívicos*, cuya conducta estuvo por encima de toda ponderación; y López, el 19, defeccionó, en efecto, a su División, sin poder cumplir, empero, con la segunda parte de su plan, el de atacar a Samborondón.

Impidieronle lo último tres jóvenes oficiales de la misma División, a saber: Don Francisco de Paula Eavayen, Don Ciriaco Robles y Don Abdón Calderón.

Estos Jóvenes oficiales, al traslucir las negras intenciones de López, descendieron en una canoa de Bahoyo a Samborondón; tomaron parte a Sucre de lo que estaba para ocurrir, en su concepto, y que había ocurrido ya de hecho, después de que ellos bajaron de Bahoyo; retornaron en el acto con un Batallón, al mando de los Comandantes Federico Rash y Cayetano Cestaris; alcanzaron a la División defeccionada en Palo Larayo; comenzaron a batirla; volvió a nuestras banderas parte de los que habían seguido al traidor, y éste, apenas con una reducida escolta, fue a parar a Riobamba, donde tenía su cuartel general Aymerich.

Lauro es también de la corona de nuestro héroe el

trascendental paso dado por él en esta emergencia, en compañía de Lavayen y de Roblés. Ya en esa su edad de niño, no sólo sabía obrar, sabía también pensar.

XV.--YAGUACHI

Limpio el ejército de traidores, lo juntó Sucre en Babahoyo, para hacer frente a Aymerich, que empezaba a moverse de Riobamba.

Aquí, en Babahoyo, hubiera estado la tumba de Sucre y del Ejército de Guayaquil, sin la intervención de un inteligente y decidido patriota cuencano, Don Miguel del Pino y Jijón.

No era aislado el movimiento de Aymerich, desde Riobamba sobre Babahoyo. De concierto con González, éste debía atacar a Sucre por el sur, en tanto que Aymerich lo hacía por el Norte; y de manera tal habían combinado sus movimientos, que nuestro Ejército iba a verse envuelto de súbito, sin más disyuntiva que la de rendirse o perecer.

El Señor del Pino y Jijón lo remedió todo.

Hallábase en Cañar, de donde era opulento propietario, cuando vió que las tropas de González, en vez de seguir vía norte, hacia Alausí, declinaban a la izquierda y tomaban por el camino que decimos de la Quebrada Honda. Caló al momento, como si hubiera sido un estratega consumado, el fin de esta marcha; no confió a nadie su pensamiento; esperó la noche y, a sus sombras, montó a caballo; tomó por sendas extraviadas, para evitar el encuentro de los realistas que iban adelante: y sin descansar, en un día y dos noches, llegó a Babahoyo y participó a Sucre lo que ocurría.

Escaramuceaba ya nuestro ejército con el de Aymerich en Palo Largo, cuando llegó el Señor del Pino y Jijón.

Rápido, como el caso lo pedía, tomó Sucre su determinación, y levantando el campo de Babahoyo se vino para Yaguachi. No bien llegó, destacó a Cestaris para que reconociese al enemigo, por la vía de Cone el día 18. Cestaris logró hacer prisionera a toda la descubierta enemiga, retrocedió con ella al cuartel general, y por la tarde de ese mismo día, en el indicado punto de Cone, se escogió terreno donde hacer frente a González.

El Batallón *Santander*, colombiano, el *Libertadores*, guayaquileño, y los *Dragones* de Cestaris, componían el ejército de Sucre. Don Abdón era oficial del *Libertadores*, puesto ese día al mando del Mayor Félix Soler, el héroe de la jornada, par a par de Mires y de Cestaris.

Al amanecer del 19 de Agosto de 1821, el *Santander* y una Compañía de *Dragones*, con Mires a la cabeza, salieron para ocupar el campo de batalla elegido de antemano.

A él se llegaba ya, hacia las once de la mañana, cuando empezó a desembocar el ejército de González. Sucre no le dió tiempo para el despliegue, pues, Mires, partiendo en dos su columna, penetró por el bosque y cayó sobre el enemigo por los dos flancos. Este, cuya única salvación estaba en avanzar de frente, para desplegar, cargó con su brío acostumbrado, llevado a su último punto por la desesperación del momento; pero llega a la sazón el *Libertadores*, se le enfrenta, echa raíces en tierra y se convierte en muro incommovible. Las arremetidas del ejército realista, abrazado por los fuegos de Mires de ambos flancos, eran tremendas, y tremenda también la heroica impasibilidad del *Libertadores*, resistiéndolas sin conmoverse. Llega a este punto Cestaris, con la otra mitad de sus *Dragones*; el *Libertadores*, se abre en alas y le deja pasar, y entonces el e-

enemigo, sintiendo en las entrañas de sus cuadros a los ginetes patriotas, cede por todos los puntos y nos deja la victoria.

Fue completa como todas aquellas que alcanzó Sucre. Ciento cincuenta muertos, sesenta y nueve heridos y seiscientos prisioneros dejó el enemigo, incluso el segundo jefe del ejército, Comandante Don Francisco Eugenio Tamariz. Ochocientos diez y nueve fusiles y gran cantidad de municiones y más elementos de guerra, fueron para nosotros los trofeos de esta jornada.

Sin dormirse sobre ellos, dispuso Sucre un movimiento de conversión de su ejército para revolver sobre Aymerich; pero éste, que había calado ya la catástrofe de González, retrocedió para Guaranda y se puso en cobro allí.

Nuestro Don Abdón, en Yaguachi, acababa de tomar la revancha del primer Huachi y de Tanizagua.

XVI.--EL SEGUNDO HUACHI.

Sucre no dejó muchos días de reposo al enemigo en Guaranda, cuya plaza le hizo desocupar, empujándolo a Riobamba.

Desde Guaranda, el General Don Juan Illingworth fue destacado con una división patriota hacia Quito, y Sucre, con el grueso del ejército, siguió la misma dirección, por otra senda.

Comprendió Aymerich lo que se pretendía, y, para impedirlo, retrocedió de Riobamba para Ambato, y se situó en ese mismo campo, funesto para nosotros, de las llanuras de Huachi. Puso a la cabeza de sus tropas el Coronel Moles, y aguardó a Sucre.

Avistáronse los dos ejércitos el 12 de Septiembre de 1821.

Los realistas eran en doblado número que los

nuestros, y su caballería muy mayor e incomparablemente mejor montada que la patriota.

Iba a repetirse, y se repitió en efecto, el desacierto de Urdaneta, esto es, el empeñar infantería contra ginetes, en campo abierto. Sucre no lo quería, pero Mirés, con la influencia de la gloria que conquistó en Yaguachi, prevaleció en el ánimo de su jefe, y allí se empeñó la acción.

La infantería realista ocupaba el recinto de una hacienda, y se hallaba protegida por sus cercas y arbolados.

La nuestra avanzó sobre ella a pecho descubierto y, aunque horrorosamente diezmada por la fusilería enemiga, se aprestaba ya al asalto, cuando sobrevino en cuerpo y por el flanco toda la caballería realista, fuerte de más de mil hombres.

Fácil es figurarse el efecto de aquel proyectil de caballos por el flanco, contra infantería empeñada con otra por el frente. Nós formamos en cuadros aislados, como cada uno pudimos, y el campo en toda su extensión no era sino torbellinos, de los cuales nosotros constituíamos los núcleos, y los centauros de Aymerich las ráfagas.

Quizá, y aun sin quizá, *si magna licet componere parvis*, esto es, si alguna vez ha de ponerse en parangón lo mayor con lo menor, quizá, decimos, los nuestros se hubieron aquí, en Huachi, como los soldados de Bonaparte en las Pirámides, y aun talvez mejor. Rotos y vueltos a componerse; chocando hombres a pie contra caballos tendidos en escape volador; sin artillería con qué amenguar el ímpetu de su avance, atropellados fuimos, desechos, pulverizados; pero, oh prodigio de los infantes de Guayaquil y de Colombia, más de mil realistas dejaron allí la vida, número mayor que el de nuestras pérdidas, en choque de hombres de a pie, con-

tra lanzas y sables a caballo. Y hubiéramos triunfado, y aun triunfamos, diré, solo que no quedaron con vida pechos suficientes en número para entonar el himno del triunfo. Hasta hoy no se ha ponderado este fenómeno cruento en los fastos de la guerra. El segundo Huachi, con su catástrofe y todo, constituye una función de armas excepcional para la gloria militar de nuestros héroes.

Ochocientos hombres tuvimos nosotros entre heridos y muertos, y no más que cincuenta prisioneros, contándose entre éstos el famoso Mires. Todo nuestro armamento, todo nuestro parque, todo, todo lo perdimos allí.

Otra vez el camino de la derrota para nuestro niño. Formando parte de una diminuta escolta, que apenas pudo reunirse para Sucre, volvió Don Abdón a Babahoyo y pasó de allí a Guayaquil. Después de cosa de un año de temores, angustias y zozobras por la vida de su niño, en campaña tan brava y tan reñida, pudo Doña Manuela estrecharle sobre su corazón.

XVII.—CAMPAÑA GUAYAQUIL—CUENCA, POR MACHALA Y ZARAGURO.

La virtud de la fortaleza fue la preeminente virtud del Guayas en esta ruda emergencia. Tras Camino Real, el primer Huachi y Tanizagua; tras Yaguachi, el segundo Huachi.....

Nada pudo, sin embargo, este último sobre los Guayaquileños. Nada pudo, y, por el contrario, aun no bien había pasado una hora desde que el General Don Antonio Morales les hizo saber por bando la total derrota padecida, sin ocultarles cosa alguna, cuando ya estaban inscritos y encuartelados setecientos voluntarios para la reconstitución del ejército.

En breve ascendió éste a más de 1500 hombres, incluyendo 468 del Batallón *Paya*, recientemente llegado de Colombia, al Mando del Comandante Leal. Para aumentar sus tropas, escribió Sucre a San Martín pidiéndole la devolución del *Numancia*, cuerpo colombiano que se hallaba en el Perú; y como dicho cuerpo era el mejor de todos cuantos tenía en su ejército el Protector, ofreció en su reemplazo uno, parte peruano y parte argentino, que se encontraba en Piura, al mando del General Boliviano, Alto Peruano entonces, Don Andrés de Santa Cruz.

Arreglado este punto, el toque estaba en operar la reunión de las dos Divisiones, la peruana y la colombiana, sin que el enemigo pudiera caer sobre una cualquiera de ellas, tomándola por separado. Para conseguirlo, no quedaba otro recurso que el de marchar nosotros al sur, alejándonos leguas de leguas del punto objetivo de la campaña, la toma de Quito. Así se procedió.

Dados cita para juntarse en Zaraguro, los dos generales, Sucre y Santa Cruz, comenzaron casi a un mismo tiempo sus movimientos.

Las fuerzas colombianas se componían del *Albión*, del *Paya*, de los *Dragones* y de compañías sueltas del *Libertadores* y el *Tiradores*, destruidos en Huachi y recompuestos con los voluntarios de Guayaquil. Estas compañías sueltas, ya en marcha, se organizaron y constituyeron al famoso cuerpo conocido desde entonces con el nombre de *El Yaguachi*. De este cuerpo formaba parte, como Teniente de la Tercera Compañía, nuestro Oficial Don Abdón.

El 23 de Enero de 1822 comenzaron a salir las tropas colombianas, de Guayaquil para Machala. El 27 se movieron de Machala para el Pasaje, y el 5 de Febrero tacaron en Yúlug, desde donde los Dragones, puestos al Mando del Coronel Don Diego Ibarra, sobrino

del Libertador, fueron destacados para el valle de Yunguilla. El 8 durmió el grueso de las fuerzas en Carapali, y el 9, a las cinco y media de la tarde, bajo una lluvia torrencial, se abrazaban los nuestros, en Zaraguro, con los soldados del *Piura* y el *Trujillo*, cuerpos de la vanguardia de Santa Cruz, que entraban a esa población al mismo tiempo. Venía como jefe de esta vanguardia nuestro gran conocido, el Coronel Don Luis Urdaneta. El 14, por fin, llegó Santa Cruz, con el resto de sus fuerzas.

Estaba cumplida y bien cumplida la primera parte de la campaña. Colombianos y peruanos, a lo Napoleón; habían verificado matemáticamente sus movimientos.

Sabíase desde antes, por comunicaciones enviadas de Cuenca, que había tocado en esta ciudad el Coronel realista, Don Carlos Tolrá, enviado por Aymerich con el Batallón Aragón, fuerte de 500 plazas, y con un Escuadrón de doscientos caballos, en refuerzo de González, que aun tiranizaba el Azuay, su presa desventurada.

Al salir, pues, de Zaraguro, el día 16, la *División Libertadora*, nombre que tomó el Ejército Unido, al mando en jefe de Sucre, lo hizo en son de combate; tanto más, cuanto que se supo, a poco, que Tolrá, con mil trescientos hombres, había salido de Cuenca para el sur. Pero el jefe español, engañado en sus informaciones por la presencia de Ibarra en el Yunguilla, tiró para Girón, de donde retrocedió al saber que Sucre había tocado en Oña. Tornó a salir de Cuenca poco después, y se situó en Tarqui, punto de conjunción de los caminos de Girón y Oña; mas, desconfiando entonces de la suerte de las armas, replegó a esta ciudad y la abandonó la noche del 19 al 20. Al otro día, 21 de Febrero de 1822, ocupó el Ejército Libertador esta nuestra ciudad.

Ese día volvió a respirar sus auras natales nuestro niño Don Abdón. Más de cien leguas de ásperos caminos e intransitables sendas acababa de vencer en esta campaña, marchando a pie, como buen oficial de Infantería, sin rendirse ni desfallecer. Para tal ánimo, tal cuerpo: Realizábase en él la obtación de la *mens sana in corpore sano*, de Juvenal.

XVIII.—PICHINCHA

Cuarenta y nueve días permaneció el Ejército Libertador en Cuenca, descansando, vistiéndose, alimentándose, completando sus batallones, armándolos, montándolos, satisfaciéndoles sus haberes atrasados y rellenando su caja para la próxima campaña.

Fuera de los quinientos hombres que pidió Sucre al Cabildo, en números redondos y de una sola vez, otros tantos y quizá más todavía ingresaron aquí, en las filas, en reemplazos sucesivos de cansados, enfermos, muertos, desertores y dispersos. Después, cuando el bravo Córdova y Maza, dejando en el Chalapud y las montañas de Molleturo más de las dos terceras partes de su *Alto Magdalena*, siguieron para el norte, a unirse a Sucre, con cuencanos completaron sus filas; de manera que Don Abdón tuvo por testigos de su heroísmo a más de mil quinientos de los suyos, sus paisanos. Cuenca, pues, tiene excepcional derecho de comparecer ante la Historia, hombreado con Guayaquil, Colombia, el Perú y la Argentina, al reclamar la palma de Pichincha.

Del 11 al 12 de Abril comenzó a moverse el Ejército para el Norte. El Coronel Ibarra, con parte de sus Dragones y la Compañía del Yaguachi mandada por Calderón, tomó la vanguardia. En Guamote revolvieron sobre ella los realistas, y la obligaron a replegar al grueso de las fuerzas, llegadas ya a Alausí.

En estas circunstancias, Tolrá fue reemplazado por

López, el traidor de Babahoyo, en el mando de la División Realista; y al ver a Sucre con todas sus fuerzas reunidas, retrocedió para Riobamba.

Tomó posiciones en el punto de Santa Cruz, en el paso de la quebrada de San Luis; y hallándolas Sucre inabordables, dejando a Ibarra en Guaslán, tomó él la vuelta hacia la quebrada de Punín.

Ya nuestra guerra de Independencia no era a muerte, ya estaba regularizada por el Tratado de Santa Ana; y, cuando Marte dejaba algún vagar, no era raro que los oficiales de uno y otro ejército se juntasen, para entretener sus ocios en grata compañía.

En una de estas ocasiones, el Coronel López, como felón que era, meditó una villanía; y estando reunidos nuestros oficiales de la vanguardia de Ibarra con los suyos, y, en consecuencia, descuidados nuestros soldados de Guaslán, les echó dos Escuadrones por el frente y un batallón por la espalda. Mas no contaba con la huéspedela el menguado. Los nuestros hurtaron el cuerpo, de manera de hacer que ellos convergiesen y se juntasen; y entonces, teniéndolos a todos sólo de frente, les hicieron cara, y soporta, rempuja y retrocede, en cada arremetida realista, replegaron sanos y salvos hasta donde estaba Sucre. En esta singular acción estaba la Tercera de Yaguachi, del Teniente Calderón, que, como lo vimos, formaba parte de la vanguardia de Ibarra.

La felonía de López pedía una bofetada, y se la dieron los nuestros casi de contado.

El 21 de Abril se descuidó el enemigo y nos dejó pasar por Pantús. Al vernos, desocupó Riobamba y se puso en retirada. Sucre destacó a Ibarra con sus *Dragones* y a Lavalle con los *Granaderos del Río de la Plata*, para que viesen por donde tomaban el camino los realistas. Ibarra cogió a la izquierda y Lavalle a la derecha. Derrepente, hacia este lado, oyóse el estrépi-

to de un combate. Era que Lavalle, con sólo sus *Granaderos*, se había empeñado contra toda la caballería enemiga. Declina Ibarra hacia su derecha, toma por el atajo de las pampas y llega a tiempo de prestar mano a su bravo conmlitón. El choque fue tremendo y de minutos contados. Cincuenta y dos realistas muertos y cuarenta y tantos moribundos yacían por tierra, en la llanura de Tapi, donde se empeñó la acción, y el resto, dada toda la brida a sus caballos, se acogió a su infantería.

Siete días permanecieron nuestras tropas en Riobamba, y ya para el 2 de Mayo estaban en Latacunga, reforzadas por la División Córdova, mitad magdalenas y mitad cuencanos, que se juntaron a Sucre en ese lugar.

Desde Latacunga fue destacado el Coronel Maza, con el Capitán Don Pedro Alcántara Herrán, recientemente vuelto a las filas de la Patria, para que diesen una lección, de las que el implacable Maza solía dar, al Doctor Víctor Félix de San Miguel, que se había alzado por el Rey, en Guaranda. El grueso del ejército siguió al norte, y desviándose del camino ordinario, y tomando por Limpio Pongo, entre el Cotopaxi y el Sincholagua, tocó en Chillo el 17 de Mayo, donde a poco se le juntó Mires, que acababa de huir de su prisión de Quito. El 20 se vencieron las posiciones enemigas de Puengasi, y desplegamos en Turubamba y Chillogallo, en las goteras de esa ciudad.

Los días 21, 22 y 23 se gastaron en provocar al enemigo a combate, mas en vano, porque no se movió de la ciudad, cuyas entradas del sur tenía fuertemente defendidas.

Desesperando Sucre de la eficacia del ataque por este lado, resolvió hacerlo por el del norte, conduciendo allá su ejército, por entre la misma ciudad, a su derecha, y las estribaciones del Pichincha, hacia su iz-

quierda. No contaba para la marcha en tal sentido sino con una senda de a pie; mas, con todo, resolvió hacerla por allí, llevando a los caballos del diestro, como se pudiera.

A las nueve de la noche del día 23 comenzó su movimiento, y el 24, a eso de las ocho de la mañana, hizo alto, coronada ya la altura por la vanguardia, con el fin de dar descanso a las tropas fatigadas y no dormidas durante toda la noche, y continuar después el movimiento.

Acabando estaban de almorzar los nuestros, hacia las diez de la mañana, cuando el General Don Antonio Morales, nuestro Jefe de Estado Mayor General, dió la voz de alarma. Era que López, calando el fin del movimiento de Sucre, trataba de impedirlo, ascendiendo a la altura a que habían llegado los patriotas y batiéndolos allí.

Una Compañía de *Cazadores* del *Paya* y otra de uno de los cuerpos del Perú, enviadas como *Tiradores*, a media cuadra escasa de su punto de partida toparon con el enemigo, que desembocaba por entre la maleza del terreno, casi a quema ropa, y se empeñó la acción.

Desplegaron los nuestros, con el *Trujillo* y el *Piura*, a la derecha, el *Yaguachi*, al centro, y el *Alto Cuenca-Magdalena*, a la izquierda. El resto del *Paya* quedó de reserva, y el *Albión*, cubriendo a lo lejos la retaguardia, se avanzaba con el parque, que no había llegado aún. La caballería; en absoluta imposibilidad de obrar como tal, por lo ondulado del terreno, esperaba a pie, apercebida a la lucha como infantería, en caso necesario.

En la primera arremetida, el *Piura* y el *Trujillo*, por su parte, y el *Yaguachi*, por la suya, hicieron retroceder al enemigo, hasta que le llegó medio cuerpo del *Aragón* y sentó pie. El *Alto Cuenca-Magdalena*

no tenía aún con quién habèrselas.

En los momentos iniciales de la acción, y al disiparse el humo de la primera descarga del *Yaguachi*; se vió a Don Abdón, magnífico de coraje y gallardía, empuñando la espada con la siniestra. Era que una bala acababa de herirle en el brazo de los valientes, el derecho.

Continuó, sin volver a pensar siquiera en semejante accidente, y cuando, por la falta de municiones, que no habían llegado aún, comenzaron los nuestros a cejar, dando fuego en retirada, y él trataba de impedirselo a los suyos, otra bala que sobrevino le destrozó el hueso del brazo izquierdo, que dejó caer la espada. Invitado a retirarse por su Jefe, lo rehusó, y sosteniendo este brazo al cuello, en cabestrillo, siguió al frente de su Compañía.

Llegaron las municiones a este punto, se las distribuyó de prisa y volvió a tronar nuestra fusilería.

El tronco estático, falto como se hallaba del airoso movimiento de los brazos, ¿cómo pudo Calderón enardecer a los suyos, cuando el ademán del jefe es el acicate del soldado, en medio de la acción?—Oh prodigios del gesto y de la mirada! Aquél con la expresión, ésta con sus lampos, lo hicieron todo. Un rayo partido de una pupila y un entrecejo plegado en las crispaturas del heroísmo, se condujeron tan bien como los reflejos del acero. La tercera del *Yaguachi* avanzaba y evolucionaba con el mismo coraje y precisión con que lo hiciera al principio.

Derrepente Don Abdón comenzó a claudicar de la pierna izquierda. Era que una tercera bala acababa de herirle por encima de la rodilla, desastillándole el hueso.

Ya era una temeridad que continuase en su puesto. Mas, ¿quién podía contenerle, en la sublime inconsciencia de los valientes, euredados en la lid? La prosiguió.

Agotadas las municiones de los Cuerpos del Perú, fue preciso retirarlos; y el *Paya*, cuyo mando personal tomó Mires para sí, cubrió el flanco encomendado antes a Santa Cruz.

A este tiempo, la otra mitad del *Aragón*, el mejor cuerpo español, cargó sobre Córdova; mas éste, resguardado su flanco izquierdo por el *Albión*, que acababa de llegar, se echó con el *Alto Cuenca-Magdarena* sobre los realistas, como alud tirado por la pendiente.

Mires, a la vez, ejecutaba cosa igual con el *Paya*, por la derecha; y Morales, encargándose del *Yaguachi*, por el centro, fuimos sobre toda la línea española en ímpetu incontenible.

Y ahora sí, nosotros como torrente, y el enemigo como peñasco desgalgado de la margen, Pichincha abajo y a Quito.

Fue en aquesta formidable arremetida general que recibió la cuarta bala Don Abdón, en el encaje del muslo derecho, cuyo hueso fue horrorosamente destrozado. Corrieron a él los suyos, le recibieron en brazos, le trajeron suavemente a tierra y le tendieron allí, al pie mismo de la cuesta.

¿Qué sentiría, casi en ese preciso instante, al oír las campanas de la Recoleta de la Merced, tocando a VICTORIA por la Patria, echadas al vuelo por los soldados del *Paya*, que habían llegado allá?— Oh dolor, oh sarcasmos de la suerte y de la gloria!.....Haber de morir entonces?.....

Inertes los cuatro miembros, reconcentrada la vida en el pecho y la cabeza, prodigadas por ajena mano las gotas de agua que humedecían sus reseco labios, inmóvil, sitiado como viviente fortaleza por los truculentos dolores de sus huesos destrozados, sobrevivió, no obstante, hasta el día 29, por fenómeno de vitalidad portentosa.

La amputación era imposible. ¿Y ni a qué la amputación? Muera, sí, muera en la eutimia de su gallarda integridad personal. Los héroes o deben ser totalmente respetados por el plomo, o totalmente anonadados por él. Un Napoleón, un César, un Bolívar no se conciben de épica simpatía, con sólo que se les considere faltos del ápice más mínimo de su ser. El famoso *TO BE OR NOT TO BE* de Shakspeare debe de realizarse con los héroes y los mancebos. Ser bello o no ser, tal es la cuestión, *THAT IS THE QUESTION!*.... Bien está que haya muerto nuestro mancebo, nuestro héroe.

XIX.—SUS MONUMENTOS.

Es el primero de todos el monte mismo de su combate final. No hay que pensar en erigir en él nada de lo arquitectónico humano. ¿Dónde se emplazaría la base de la COLUMNA o el pedestal de la ESTATUA? ¿En este punto, más bien que en el otro, o en este lado, mejor que en el de allá? Todos los del campo de batalla reclamarían con derecho aquel altísimo honor. Mirad, si no. Si se diese una transverberación de la sangre de Don Abdón, la viéramos comenzar en un charco, en la cumbre donde se inició la acción; continuar en un hilillo, hasta otro charco mayor; proseguir el tal hilillo, ya convertido en reguero, y ondular e ir y venir, siguiendo las peripecias de la lucha, hasta otro charco de allá; y descender, por fin, en vena acrecentada monte abajo, hasta un charco postrimer. ¿Dónde la COLUMNA, dónde la ESTATUA?.... Séalo, durante la pseudo eternidad de la Historia, el mismo monte Pichincha. LOS ANDES, LAS ENORMES, ESTUPENDAS—MOLES SENTADAS SOBRE BASAS DE ORO, no se lo negarán a Don Abdón.

Es el segundo, el parte mismo de la jornada, extendido por Don Antonio José. Dejando allí para los jefes de cuerpo la obra de transmitir a Colombia y a la

posteridad los nombres de los héroes de ese día, tiene como un honor para sí hacer excepción de Don Abdón, y lo menciona, y es el UNICO a quien menciona, y lo suscribe con la mano de la espada de Ayacucho.

Es el tercero aquel famoso decreto del LIBERTADOR, donde le manda y prescribe que VIVA EN NUESTROS CORAZONES, donde vive ya, en efecto, una centuria, y vivirá por centurias de centurias, con vida cada día más lozana, con la lozanía de la gloria.

Y debe de ser el cuarto---oído, Legisladores del Ecuador, que no habéis impedido que lo que mandó Bolívar dejase de cumplirse en vuestra Patria--y debe de ser el cuarto, decimos, la TERCERA DEL YAGUACHI, encargada en especial del cumplimiento de aquel famoso DECRETO. Mas, ¿aquella COMPANIA dónde está? Pues allí, en el Colegio Militar de la Capital, cuyos Cadetes deben de constituir una de ese legendario nombre, ya para sus funciones de aparato, y ya, y más aun, para las mismas de acción. Oh: cómo se las habrían los mancebos nuestros Cadetes, si la Patria necesitase de otros PICHINCHAS para la defensa de su libertad, su integridad y su honor, só el comando de los egregios MANES de Calderón?.....

XX.—SUS DESPOJOS MORTALES.

El olvido, por una parte, y el tiempo por otra, ¿nos habrán privado para siempre de la posesión de sus huesos? Talvez, talvez no.

Su altísima posición social, que le entróncaba con mucho de lo mejor de Guayaquil; el renombre de su padre en Quito, cuyos Ejércitos mandó en jefe; la gloria misma de Pichincha, encarnada en él el día de su funeral, para cuyo mayor brillo le ascendió Sucre a CAPITAN; su juventud, su heroísmo, su belleza, todas estas cosas juntas y cada una de por sí, deben haber obrado

de modo que viniese su cadáver a tener tumba especial. En alguna de las casas de mayor alcurnia de las de Quito debe haber sido asistido y haber muerto, y en los nichos que aquellas casas tenían para huesa de los suyos, en los Templos, debe haber sido sepultado Don Abdón. Los Libros Parroquiales, además, se llevaban entonces por los curas con nimia proligidad y mayor solicitud que al presente. ¿Por qué no probamos, cuéstenos lo que nos cueste, a ver de dar con sus despojos?

La identificación, la dificultad mayor, no existe en este empeño. Las balas españolas se encargaron de trabajar por nosotros a este respecto. Allí donde en un mismo esqueleto de persona adolescente hallemos fracturado el hueso del brazo izquierdo, desastillado el de la pierna del mismo lado, por encima de la rodilla, y destrozado el fémur de la derecha, bien podemos lanzar el *VENI FORAS* de Jesús, Nuestro Señor, sobre la *arida ossa* de Don Abdón.

Qué triunfo el nuestro, entonces! Repaisanado nuestro joven héroe; entonado por él, de HUESOS PRESENTES, el *LAUDATE* de la Religión a que pertencio, en el mismo Templo donde el bautismo le trajo al gremio de la Iglesia; y colocados sus restos mortales en el pedestal del Monumento que le debemos, allí donde Don Gil hincó el Rollo y la Picota de la soberanía española, al tiempo de fundar nuestra ciudad, y como su primera diligencia, qué realidades y qué simbolismos presentáramos a las generaciones futuras!....

Ea, pues, cuencanos. Convertidos a este trabajo de investigación e invención de las cenizas de NUESTRO HÉROE, fundemos lo que podría llamarse la Arqueología de la gloria, si no ramo del saber, ramo del amar y el agradecer, que vale tanto como el otro y aun mucho más todavía.

O. Cordero Palacios.